

DESEMBARQUE

DE

LA EXPEDICION

EN LAS PLAYAS DE LA PUNTA DE JEREZ

EL 26 DE JULIO DE 1829.

Se reunió una Junta ó consejo á bordo del navio «Soberano» Fuimos llamados á él, el P. Bringas y yo. Se trató del punto de desembarco de la espedicion en aquellas playas solitarias. Todo el mundo calló, y yo me atrevi á tomar la palabra y dije: «que era el mayor desatino que se podia cometer el realizar el desembarco en aquel punto desierto, de arenas, y que distaba cuando ménos veinte ó treinta leguas de Tampico, sin encontrar poblacion en el intermedio. Que la tropa no tenia por consiguiente, medios de transportar los viveres para la manutencion, ni agua que beber en aquellas abrasadoras playas, ni tiendas de campaña donde guarecerse del gran relente de las noches. Que nos esponiamos á que viniere un temporal, dispersase la Escuadra y que nos viéramos en tierra privados de municiones de guerra para combatir con el enemigo y tener que sostener una batalla. Que además, el soldado no pudiendo caminar por aquellos arenales, cargado con sus mochilas, tendria que dejarlas á bordo de los transportes. Que lo racional y estratégico era que no se realizase el desembarco en aquel punto, sino que siguiese el comboy navegando todo aquel día y noche, y que el siguiente por la mañana realizar el desembarco en la barra del Río Pánuco, protegido por las lanchas cañoneras, que podian apoderarse del río con la mayor facilidad, ayudados de compañías de infanteria que en los botes de la escuadra y transportes, pudiera desembarcar á las dos orillas del río.» El P. Bringas habló en el mismo sentido, apoyando fuertemente mis razones, y fundado en el conocimiento práctico que tenia del terreno.



Nada bastó, el Brigadier Barradas: estaba alucinado: lo que él quería era poner sus piés en tierra, creyendo fanáticamente que podría marchar hasta Méjico. Nos tapó la boca con decirnos que «en el Consejo de Guerra de la Habana se había acordado el Plan, y acordado en él, que en Punta de Jerez se realizase el desembarco.» «No habiendo otro remedio, no hay más que cerrar los ojos y obedecer,» repuse yo. Pero á lo ménos hay que municionar á la tropa, suministrarla con tres días de galleta, y llenar sus cantinifloras de vino, y hacer que dejen sus mochilas á bordo.» Todos convinieron con mi propuesta.

El General Laborde mandó bajar del navío dos lanchas cañoneras y armar con una pieza de 24 cada una, y embarcar en las cañoneras media compañía de infantería de marina. Barradas, Laborde, el Gefe de Estado mayor, varios oficiales de marina y yo, nos embarcamos también. Distaba la Punta de Jerez, de donde estaba anclada la Escuadra, unas dos millas. Conforme nos íbamos acercando á tierra, estaba más alborotado el mar, y cuando llegamos á un tiro de pistola, era imposible tenerse en pies sobre las lanchas, tanta era la resaca y las oleadas que formaba el mar. Laborde, en vista de este contratiempo, dijo: «esto es otra cosa.» Llegamos muy cerca de tierra, pero era imposible abordarla; la resaca nos rechazaba mar adentro.

Habia cuatro paisanos al frente de nosotros, uno á caballo y tres de á pie, pero ninguno tenía armas. Se les invitó á que viniesen á bordo de la lancha, pero no se atrevían, porque decían que era peligroso, según estaba el mar.

Entonces Laborde ofreció una onza de oro á cada marino que pasase á nado á tierra y adquiriese noticias de aquellos paisanos sobre el estado del país. Ningun marinero se prestó, porque decían que desde el navío habían visto un sinnúmero de enormes tiburones que se habían reunido al rededor de los barcos, y que era muy espuesto echarse á la mar en aquellos momentos. Con el ruido de la resaca y de las oleadas, era imposible entenderse y hablar á los megicanos, y estábamos á punto de volvernos al navío, con arto sentimiento de los generales que deseaban adquirir noticias, si el país estaba en armas ó no.

Dige á Barradas y Laborde: «puesto que nadie quiere ir á tierra, voy yo.» Me desnudé y me quedé en calzoncillos. Lle-

vaba un cinto con 12 onzas de oro. Destapé una botella que llevaba á prevención, la llené de proclamas, y tapada la até al cinto. Agarré la punta de un cable y me tiré al mar, porque desde niño, como criado en puerto de mar, era gran nadador. En medio minuto me llevaron las olas á tierra, y para que la resaca no me llevase consigo, saqué el puñal que llevaba colgado de un talé, lo clavé en la arena hasta el pomo, y me sostuve de este modo en tierra. Corri á los megicanos, á quienes hablé por estilo jarocho, les di la mano, y les dije: «todos somos unos hermanos, por cuyas venas corre la misma sangre, y sobre todo cristianos.» «Su mercé tiene mucha razon,» y me bolbieron á apretar la mano.

Les pregunté: «qué tropa había en el país y si tenían noticias de nuestra llegada á él.» Me contestaron que «veinte leguas á la redonda, no había ni un solo soldado; que en Tampico de Tamaulipas estaba el General Lagarza, que tenía reunidos como unos mil hombres entre soldados y civicos, con motivo de la guerra ó lebantamiento del General Santana en el Estado de Veracruz, y Guerrero por S. Luis Potosi; pero que no tenían la menor noticia de nuestra venida, porque se había hablado de ello en Pueblo Viejo, que está frente de Tampico, donde habló él con oficiales de Lagarza, pero que no se tomó en boca para nada de españoles ni España, y sólo hablaron del pronunciamiento de Santa Ana y Guerrero.» Me digieron que ellos vivían en unas rancherías que estaban á media legua de allí, y que casualmente habían venido aquella mañana á la playa á recoger unas reses vacunas y vieron tanto barco en el mar y se habían detenido á ver para donde se dirigían.

Les propuse me vendieran aquel caballo que llevaban, y se allanaron. Era mediano y les pregunté en qué precio lo estimaban con arneses y todo, y me respondieron que en dos onzas. Saqué del cinto tres onzas y se las di, diciéndoles: «ahí van tres onzas; dos importe del caballo, y la tercera para que bevan Vdes. en mi nombre. ¿Podrían Vdes. traerme veinte y más caballos aunque sea en pelo?» «Por de pronto es imposible, porque tenemos que meternos tierra adentro donde los hay y buenos, pero necesitamos 8 días para ir á comprarlos.»

Nos digieron de buena fé, que si queríamos echar las tropas en tierra, el sitio en que estaba la lancha era muy malo, que quinientos pasos más adelante había un remanso muy



aparente, donde no había resaca.» Les propuse nos acompañaran á Tampico. «Con mucho gusto lo haríamos, pero somos labradores y ganaderos de esas rancherías y además cívicos, y si las autoridades de Tampico y Tuzpan llegasen á saber que hemos conversado con Vdes., seríamos perdidos y nuestras familias. Tenemos que marcharnos, no sea que venga alguno y nos vea. Antes de meternos en el monte, iremos la playa abajo, y llegados al remanso clavaremos una estaca para señal.» Me dejaron el caballo y se marcharon.

Mientras la conferencia, un marino saltó en tierra en los términos que lo había hecho yo, y tenía la punta del cable de la lancha. Me llegué allí, y le dije que se fuera adonde estaba el caballo atado del ronzal y lo cuidase, mientras yo iba á bordo: allí los marineros me subieron á la lancha y los generales me abrazaron, á pesar de estar mojado.

Les referí el pormenor de mi conferencia con los megicanos, y la mejor de las noticias que traía: el remanso que me habían descubierto aquellos hombres, y que habían plantado por señal una estaca.

Laborde hizo remar la lancha hasta frente de la estaca, y quedamos á media milla de tierra: había una sola vara de fondo, y conforme nos acercábamos á tierra, mucho ménos y ninguna resaca. Hecho el debido reconocimiento y sondeo, se dejó por señal una boya de corcho con una anclita, y nos encaminamos para el navío: eran las doce del medio día. Me sequé bien y me vestí, tomando inmediatamente un buen vaso de ponche caliente.

Fuí llamado al Consejo, en el que se estaba tratando del mejor modo de hacer el desembarco de las tropas. Se hablaba de lanchadas, hasta la mayor aproximación posible de tierra. Esta operación me pareció muy lenta. Propuse la construcción de dos grandes balsas capaces de contener 150 soldados en cada una. Se debían componer de tres ó más machones y listones cubiertos de tablason, y suspendidas de nueve barracas vacías, que en un momento están armadas en el navío: que estas balsas se llevasen por las lanchas al sitio donde se habían fijado las boyas. Que se descargase una balandra de la casa de Zangronís, que tenía poco calado, y que conducía barriles de harina: que esta se traspordase inmediatamente á uno de los buques de transporte. Que la balandra serviría á traspordar las tropas hasta la boya, y que allí se embarcarían

en las balsas y conducidas hasta tierra por medio de picas, como se acostumbra llevar con la velocidad de las flechas las gabarras por el canal de Santiago, entre Yun y Endaya, hasta Fuenterrabía. Por este medio, ayudado por los botes de todas las embarcaciones, la operación se ejecutaría en dos horas de tiempo.

Todo lo que propuse se adoptó, menos armar las balsas, á pretexto de que era muy embarazoso hacer la operación sobre la cubierta de un navío. Entonces, dije, que si este era el solo inconveniente, se llevasen del navío las tablas, machones y listones necesarios, con cajones de clavazón, en lanchas hasta tierra, y los Carpinteros de ribera de los barcos de guerra y los de los transportes, las armarían en horas, y que yo me atrevía á dirigir la operación. Se desestimó también, y este capítulo fue el que más se acriminó en el espediente que de Real Orden se formó, sobre los desaciertos que se cometieron en la malhadada espedición, porque en las declaraciones salió á relucir mi apellido, y el poco caso que se hizo de mi proposición, que fué la causa de que se inutilizasen la mayor parte de las municiones y se perdiesen muchas prendas militares. Entre mis papeles se encontrará la minuta de una declaración que prestó uno de los gefes militares, en la causa que se formó en la Habana.

A las 2 y media de la tarde del mismo día, principió el desembarco de las tropas, desde la balandra mercante hasta la boya, que transportaba 350 á 400 hombres, cada viage, y además los que hacían las lanchas y botes. De la balandra se ponía á cada soldado en el agua á una vara de altura con calzones ó sin ellos y el capote y la cartuchera y se le alargaba el fusil. Al soldado que era bajo de talla, se le mojaba la cartuchera y el capote que lo remangaba como podía, estando embarazado con el fusil, los calzones y los zapatos que los llevaba colgados por el pescuezo, andando quinientos pasos por lo ménos por el agua hasta llegar á tierra. En este trabajo, el soldado que no perdía los zapatos, perdía el morrion, la cartuchera y otras prendas. Llegaban á tierra echando cada juramento y maldición á los autores de aquella espedición.

En las primeras lanchadas fuí á tierra, con los generales, Barradas y Laborde, el gefe del estado mayor y el P. Bringas y los ocho misioneros. Barradas estaba hecho un Lucifer que